

más interesantes son indudablemente los que se refieren a la guerra de la Independencia, a raíz de la invasión napoleónica, y al período siguiente de la promulgación de la constitución de Cádiz.

Sorprende verdaderamente comprobar que España, que al decir de Marx, era considerada por Napoleón y sus contemporáneos como un cuerpo sin vida, revelara en esta ocasión que "estaba llena de vida y de vida sana y que en todas partes resistía con fuerza". Y es que se tomaba como expresión representativa de la sociedad española, una superestructura verdaderamente muerta y que se ajustaba mal a aquella: el Estado español.

Pero, Marx comprueba, esta acción tuvo un acento marcadamente reaccionario, a pesar de que en ella participaron con ardor extraordinario las capas plebeyas del país. Tan reaccionario, que llegó a poner como meta de sus aspiraciones el regreso del abyecto Fernando VII, a quien se llamó, por entonces, "el Deseado". Es por eso también que a las innovaciones progresistas de Napoleón opuso el restablecimiento de las leyes y las costumbres antiguas y contra la abolición de los privilegios especiales de la Iglesia, llevada a cabo por aquel, proclamó la defensa de la "santa religión".

Este carácter es tanto más sorprendente cuanto que las fuerzas vitales de la revolución estuvieron constituidas por la burguesía y el pueblo, pues la aristocracia y la antigua burocracia tomaron el partido de Napoleón o se abstuvieron de tomar parte en la lucha.

La guerra pudo llevarse a cabo con éxito no solo por la razón ya apuntada, sino también porque la vida casi propia que hacía cada región facilitó la defensa local multiplicada, dando nacimiento a las llamadas Juntas provinciales, cuerpos de resistencia que sostuvieron la lucha con éxito, al principio, pero que dominadas después por las rivalidades y las luchas intestinas, tuvieron que ceder su

puesto a la llamada Junta Central, que tuvo menos suerte aún en la conducción de la guerra. Más preocupada de ahogar los anhelos revolucionarios de algunos sectores populares, que salieron a flote durante la lucha, que de combatir al invasor, instauró una absurda política de represión y de intolerancia religiosa. Dió orden de cesar la venta de tierras incultivadas que había comenzado a realizarse, amordazó a la prensa y nombró nuevo Inquisidor General. Estas y otras medidas y la indisciplina en el ejército que no pudo contener, ocasionaron su desprestigio y finalmente su disolución, cuando perseguida por el ejército francés, buscó refugio en distintas ciudades de la península, para terminar en la isla de León. Esto no obstante es de notar que dentro de la Junta Central hubo elementos progresistas que trataron de impulsar la renovación de España, a la par que la defensa contra el invasor, y a su influencia se debieron algunas de las medidas liberales que al comienzo adoptó la Junta Central. Pero hay que hacer responsable a esta misma minoría del fracaso de las reformas democráticas. Su política de exaltar demagógicamente las pasiones populares, favoreciendo en muchos casos el renacimiento y el fortalecimiento de los antiguos prejuicios, dió lugar a que los elementos conservadores se pusieran al amparo de los mismos cuando llegó el momento oportuno. Además, contrastando con su actividad verbal, casi siempre pecó de irresolución en la acción, optando por la transigencia.

El papel contrarrevolucionario de la Junta Central es precisado de modo muy certero por Marx, a diferencia de los demás historiadores que han tratado del mismo hecho.

En el estudio de la constitución de Cádiz, Marx pone a prueba su asombrosa cultura, que le permite penetrar en las raíces mismas de aquella, llegando a la conclusión de que dicha constitución, —una de las más avanzadas que ha tenido España—, más que "una imitación servil de la